

UNCONDITIONAL SURRENDER



Denise A. Agnew

SAMHAIN publishers, Ltd.

El Club de las Excomulgadas

Agradecimientos

Al Staff Excomulgado: a Nelly Vanessa por la Traducción, a Mdf30y por la Corrección de la Traducción, a Taratup por la Corrección, a AnaE por la Diagramación, a Rosapi por la Primera Lectura y a Zaphria por la Segunda Lectura Final de este Libro para **El Club De Las Excomulgadas...**

A las Chicas del Club de Las Excomulgadas, que nos acompañaron en cada capítulo, y a Nuestras Lectoras que nos acompañaron y nos acompañan siempre. A Todas....

Gracias!!!

El Club de las Excomulgadas

Argumento

Ella desea la aventura de su vida y no está dispuesta a sacrificarse por ningún hombre. Todo lo que él desea es mantener segura a la chica que amó y perdió, aunque ella le odie por ello

La arqueóloga Fredricka - Freddie Bodine - regresa a su ciudad natal para la vigésima reunión de la preparatoria, sin saber que su viejo amor platónico, Keith Wallace, ha volado de vuelta a la ciudad. Un recuerdo está grabado profundamente en su cerebro, el del baile de la escuela secundaria donde compartió un único y emocionalmente revelador baile con él. Ambos dejaron la ciudad después de la graduación, con angustia y firmes sentimientos adolescentes no resueltos.

Keith no quiere que viaje a Los Diablos, una zona sin ley que él visitó durante algunas operaciones con las Fuerzas Especiales, el lugar donde su hermana fue asesinada años atrás.

Mientras lidian con presiones familiares y la explosiva pasión entre ellos, la batalla de voluntades sólo puede llevarlos a la verdad que vive en sus corazones.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo 1

Fredricka Ann Bodine nunca había visto un libro que no le gustara. Tal vez leer uno le importaba, pero ciertamente nunca *uno* que no le gustara.

Pero había uno que calificaba como su favorito. A medida que cruzaba por el largo pasillo lleno de libros, inhaló el aroma del cuero viejo, del papel fino, así como del polvo. La bibliotecaria jefe, Ernestine, no mantenía el viejo lugar tan limpio como solía hacerlo.

Freddie se detuvo en su área favorita en el pasillo y vio la imagen de un enorme volumen. *Ah, sí.* Sonrió. No podía creer que todavía estuviera aquí después de todos esos años. Veinte años para ser exactos. Gracias a Dios que se había estado ejercitando. Este libro pesaba una tonelada.

Levantó el enorme libro y se dirigió hacia el final del pasillo, cerca de la pared. Un lugar acogedor le esperaba. Se hundió en la silla acolchada y puso el libro sobre el escritorio frente a ella. Las partes altas de la mesa de la biblioteca la protegían de miradas indiscretas.

Sí, como si fueras la única aquí que no fuera Ernestina.

Sin embargo, la delicia del momento, la sensación de clandestinidad sorprendió a Freddie. Lo ridículo del momento también se burlaba de ella. Clarksville, Wyoming, tenía un montón de secretos, y mientras su amor por ese libro no sería motivo de escándalo, todavía contaba con él al no querer que nadie lo supiera. Satisfecha sonrió, escondiendo unas hebras errantes de pelo detrás de sus orejas y abrió el volumen de colores.

Y se detuvo en seco.

"Maldita sea", dijo con incredulidad. "Maldita sea".

"¿Freddie?"

El Club de las Excomulgadas

Casi salió de su piel. Se giró hacia la izquierda. De pie, al final del pasillo, Keith Wallace la miraba con el ceño fruncido.

"Oh... um, hola." Su voz se quebró y se aclaró la garganta. "No sabía que estuvieras aquí. O incluso en la ciudad."

"Yo tampoco sabía que tú estabas en la ciudad." Su voz, profunda y cubierta con una sexy ronquera, siempre había fundido su interior, como la combinación más deliciosa de mantequilla de cacahuete y chocolate, agitando sentimientos que ella no quería tener.

Suspiró mientras él se dirigía hacia ella. Los dioses no podían ser tan crueles. O tal vez podían. Los cambios en él sólo habían aumentado su atractivo. El muchacho, ¡oh, qué muchacho!, había madurado como un Merlot fino, rico en matices que le secaban la boca y hacían bailar su corazón. A los treinta y ocho años el hombre se veía asquerosamente hermoso, con una H mayúscula.

Cuando se había ido de la ciudad hacía veinte años, no había considerado que él todavía tuviera ese efecto sobre ella. Recordaba su atractivo a los dieciocho, maduro para su edad, melancólico e intenso. A los dieciocho ella había querido salir con chicos felices-con-suerte sin complicados trasfondos. Claro que no podía decir lo mismo de Keith. Sin embargo, la naturaleza había madurado su físico en todos los caminos correctos.

Con su 1,88 metros de altura, probablemente, hacía que su 1,65 se sintieran pequeños. La camiseta azul de la Marina se extendía sobre su ancho pecho y hombros. Músculos ondulaban en sus bíceps y antebrazos. Los vaqueros envolvían sus caderas y sus bien formados muslos, esto hacía que sus piernas se vieran millas más largas. Sus botas de trabajo parecían bien usadas y desgastadas. Siempre robusto, su rostro había madurado en ángulos planos que gritaban peligro y prohibida sensualidad. Su pelo caoba no era ya el del muchacho despeinado, sino corto militar. Sin filamentos cayendo por su cara, nada escondía las líneas muy masculinas que gritaban proverbialmente oscuro y peligroso.

El Club de las Excomulgadas

Su corazón se sintió fracasado, dando un tirón, y comenzando a dar golpes distantes tan fuertes que sintió su pulso en sus oídos. Muy bien. Así que *esta* reacción no había cambiado en veinte años tampoco.

Cuando Keith se cernió sobre ella, mirándola hacia abajo con sus ojos chocolate oscuro, su fruncido ceño mostraba una preocupación genuina.

"¿Qué te trae por aquí?", preguntó ella.

"Vine a tomar un libro para mi madre. Ernestine me dijo que estaba aquí." Cruzó sus brazos, y luego señaló a su enorme libro. "Te oí maldecir. ¿Qué sucede?"

La vergüenza calentó su cara. "No es nada importante".

Él se acercó. "¿Ah, sí?" Sus labios se curvaron, y un humor raro bailó en sus ojos. Miró el libro abierto sobre la mesa. "¿Segura que no es nada?"

Freddie frunció el ceño. "Nunca fui buena mintiéndote. Este libro es -era- mi favorito de la biblioteca."

"¿Lo era?"

"Solía venir de vez en cuando, cuando era niña."

Él se movió acercándose más, apoyando su mano en el panel lateral de la mesa para mirar el libro. "¿Alguna página rota?"

Ella cerró la portada del libro para que él pudiera ver la foto del frente. "Sitios Arqueológicos de México. Tikal. O lo que mi profesor de arqueología en la Western solía decir: Pollo Itzá".

Se echó a reír, con el bajo y retumbante sonido enviando vibraciones a su estómago. Ella apretó las piernas en reacción. Santa, santa mierda. Un estremecimiento recorrió su espalda. Hablando de un tiempo récord en conseguir excitarse. Su boca se hizo agua mientras su mirada viajaba rápidamente sobre su pecho.

El Club de las Excomulgadas

"Lo siento si algún imbécil destrozó tu libro favorito. ¿Por qué no te compras una copia para ti y la conservas para poder verlo cuando quieras?", le preguntó.

Ella suspiró y abrió el libro de nuevo. "Siempre has sido una especie de hombre práctico, Keith. Lo que me gustaba era el ritual de entrar a esta calmada biblioteca de vez en cuando y mover de un tirón las páginas sin ser molestada. Además, el libro está agotado."

Él asintió, con esa sonrisa lenta, progresiva, en su boca de nuevo. "Lo entiendo. Con tus hermanos y hermanas corriendo alrededor de esa vieja casa, puedo ver por qué solías venir aquí para buscar paz."

Los recuerdos de hacía veinte años inundaron su mente, algunos de ellos buenos, otros no tan buenos. Tragó mientras el impacto la golpeaba. Ella se miró las botas.

"¿Qué te trajo a la ciudad?", preguntó él.

"La XX reunión de la clase. Veinte años. ¿Puedes creerlo? ¿Y a ti?"

"Estoy visitando el rancho".

Ella no pudo evitar una sonrisa. "Cuando llegué el otro día, me pregunté si alguna vez habrías regresado a la ciudad."

Él se encogió de hombros. "No muy a menudo. He estado muy ocupado."

Había oído rumores, pero no había querido averiguar qué había pasado. Las ciudades pequeñas estaban realmente llenas de mierda a veces." ¿Haciendo qué?"

"Estoy en el ejército."

Ella asintió. "Escuché que en la Armada".

"Sí".

El Club de las Excomulgadas

Oh, sí. Allí estaba. Él tenía esa melancólica e intensa mirada que nunca había olvidado. Ahora que había cumplido treinta y ocho años, su tristeza parecía mucho más grave de lo que había sido antes. Sombría, dura y muy sexy.

"Así que, ¿te tomaste un tiempo libre?" Le preguntó.

"Mi unidad fue enviada de regreso a un despliegue en el extranjero hace dos semanas. Tenía una licencia pendiente y decidí quedarme. Como en el extranjero me las arreglé para salir lastimado, y además tenía treinta días que tenía que usar o perder, mi madre y mi padre me pidieron que viniera a Clarksville".

La preocupación torció su estómago, y su mirada se cruzó encima de la de él rápidamente. "¿Qué pasó? Quiero decir, ¿cómo que saliste herido?"

Una perturbación brilló en sus ojos. "Una bala. Me golpeó en el muslo izquierdo."

"Oh Dios, Keith." La preocupación se trenzó a través de su cuerpo e hizo que su estómago apretara sus músculos. Se puso de pie de forma automática, y apretó su hombro. "Me alegro que estés bien".

"Gracias." Él le guiñó un ojo, y su boca se convirtió en una sonrisa burlona. "Es sólo una herida en la carne."

Ella le devolvió la sonrisa, sin querer pensar en él más gravemente herido.

"Mi unidad estará probablemente de regreso en seis meses."

"Maldita sea", dijo en voz baja.

Él no reaccionó a su callada declaración, y cuando sus ojos se cerraron, supo que había perdido la claridad de la conversación anterior. Una pesadez se envolvió alrededor de ella que no pudo negar.

"¿Todavía eres arqueóloga?", le preguntó.

El Club de las Excomulgadas

"Sí. Tengo mi doctorado y estaré trabajando en el Western College a partir de este otoño."

Sus cejas se movieron hacia arriba. "¿Y optaste por volver a esta ciudad? Cuando me fui creí que habías dicho que nunca volverías permanentemente."

Ella asintió. "Sí, pero lo que dices a los dieciocho no siempre se mantiene, ¿no?"

"No, no lo hace."

¿Estaría recordando el último baile que habían tenido? ¿El que había acariciado todos estos años? Su cara se calentó con el recuerdo. Dios, no sabía si quería que Keith lo recordara. La noche no había terminado tan bien como ese baile lento y sensual en el suelo que reproducía en sus fantasías en las noches de soledad cuando llovía. Lluvia como la que había habido en el recibidor la noche del baile de graduación.

"¿Irás a la reunión de la clase?" Trató de no sonar optimista. "Será divertida".

Él soltó un bufido. "Cierto".

Ella le lanzó una sucia mirada. "Vamos. Esta es nuestra oportunidad de mostrarles a las animadoras y a los jugadores de fútbol que hemos hecho de nosotros mismos. Y he oído que las animadoras y los jugadores de fútbol tienen tendencia a engordar y perder el pelo después de la secundaria".

Su sonrisa se amplió. "Realmente no te importa eso, ¿verdad? La mitad del tiempo no puedo recordar sus nombres."

"Por supuesto que no me importa mucho. Pero no me digas que no son como todo el mundo y me sorprendería saber lo que le pasó a esas personas. Y es bueno relacionarse con algunos de ellos a un nivel de madurez en lugar de con el desequilibrio hormonal de la adolescencia."

"Estás asumiendo que algunos todavía tienen desequilibrio hormonal."

El Club de las Excomulgadas

"Hmm, bueno... Es bueno tener la prueba, aunque sólo sea por un egoísta segundo, de que hiciste algo en el mundo a pesar de no haber sido el hombre más popular de tu escuela."

Su ceño se frunció. "Eso es seguro."

"No fue mi intención insinuar..."

"Está bien. Yo no era popular. No es gran cosa."

"Vamos. ¿No sentiste la punzada natural de cada adolescente cuando no se es popular?"

Él miró hacia el suelo, con los ojos cerrados. "No realmente."

"Bueno, yo estaba tan contenta de escapar de la escuela secundaria que no podía ver bien", dijo. "Yo no era popular tampoco."

Keith negó. "No puedo entender por qué no. Eras tan bonita."

Abrió la boca y luego la dejó caer, y se preguntó si el choque la mataría. Ella logró encontrar su voz... apenas. "Um... gracias. Eso es dulce de tu parte. No sé cómo... aparatos en los dientes, pelo rebelde como el infierno, y un sentido muy pobre de la moda me hicieron así, pero..."

"Yo te vi." Su mirada se cruzó con la de ella por un momento, cálida, buscando y demasiado íntima. Ella sintió su atención como una caricia sensual. La admiración quemaba en sus ojos. "Sólo porque no podías pagar toda la mierda de moda que las animadoras llevaban no quería decir que no fueras bonita." Una vez más su atención se deslizó a su pelo, a su cara, y luego con arrepentida precisión directamente sobre su pecho y de regreso de nuevo. Su voz, cuando habló, fue baja y ronca. "Y ahora eres hermosa también."

"Wow", dijo con asombro, con su cuerpo ruborizándose con calor y un dolor royendo bajo su estómago. ¿Hermosa? Ningún hombre la había llamado eso, y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

